



Daniel Martín Castellano.

Gustavo era un caracol. Le pusieron ese nombre en honor a una rana que salía en televisión. Pero él no era una rana. Era un caracol, sacaba los cuernos al sol y siempre con su casa a cuestas. Era un caracol baboso como son los caracoles y era un caracol amable, como son casi todos los caracoles.

Aunque Gustavo, además de los cuernos, la casa, la baba y la amabilidad, era un curioso. No era de esos que se meten en medio de una conversación. No. Sino de los que caminan, caminan, caminan... —perdón—, sino de los que *se* arrastran, *se* arrastran, *se* arrastran por descubrir cosas nuevas, probar nuevos sabores y escuchar nuevas canciones.

Y Gustavo había aprendido a dejar su casa atrás. ¡Sí! como lo oyes. Él se apretaba mucho, se encogía, respiraba para adentro y ¡zas!, se salía de su concha.

Su madre no dejaba de decirle:

Gustavo quédate en casa.

Gustavo quédate en casa.

Gustavo, no te encojas ni respires así, que vas a desaparecer.

Gustavo...

Pero la curiosidad de Gustavo podía más que los consejos de su madre.

Un día, se apretó mucho, se encogió, respiró para dentro con fuerza e izaras! Dejó su casa atrás.

Su padre que lo vio, no dejó de decirle:

Gustavo quédate en casa.

Gustavo quédate en casa.

Gustavo, no te encojas ni respires así, que vas a desaparecer.

Gustavo...

Pero no hizo caso y el siguió arrastrándose lejos de su concha.

De buenas a primeras apareció una gaviota juguetona y bizca, venía cantando su canción, pero también venía con hambre. Y confundió a Gustavo con una lombriz. Se abalanzó sobre él y le atrapó con su pico. Pero cuando se dio cuenta que estaba cubierta de una baba muy babosa, lo escupió.

Gustavo caía, caía y caía. Y sus cuernos se agitaban, se agitaban, se agitaban. Pensó en su familia y que ya no iba a volverles a ver cuando...

Plas, Gustavo cayó en la fuente. Pudo subirse en una hoja que flotaba. El agua estaba muy fría. Estaba lleno de rasguños, asustado y ahora resfriado: empezó a estornudar y a echar de menos su casa.

Su padre y su madre le esperaban con una manta, una buena hoja de lechuga y una guitarra, porque le cantaban una canción que decía algo así:

Gustavo quédate en casa.

Gustavo quédate en casa.

Gustavo, no te encojas ni respires así, que un día vas a desaparecer.

Gustavo...

Este texto es de uso exclusivamente educativo.

Por favor cita a sus autores.

Daniel Martín Castellano

www.animalec.com

www.bilenio.com